

FRANZ KAFKA. ENTRE LA SOLEDAD Y EL MUNDO¹

LILLIAN VON DER WALDE MOHENO

Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa

*Esta zona fronteriza entre soledad y compañía,
he podido cruzarla rarísimas veces, e incluso
puedo decir que me he afincado en ella más
que en la misma soledad.*

Franz Kafka, *Diarios (1914-1923)*.

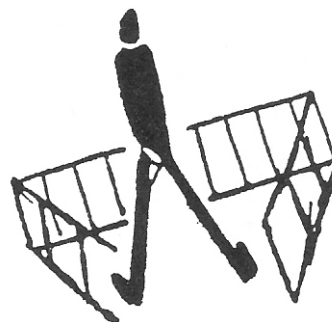
La vida de Kafka puede ser definida, de manera global, como la dolorosísima lucha entre soledad y mundo. En efecto, él desea la soledad. Su ser tiende hacia ella casi inexorablemente, pero en la conciencia de que le reporta un destino fatal. Es esta conciencia la que en determinado momento lo lleva a escribir el tan citado aforismo 52: “En la lucha entre ti y el mundo ponte de parte del mundo” (W. Hoffmann, *Los aforismos de Kafka*, p. 154).

La tierra prometida, piensa Kafka, no se encuentra en la absoluta soledad. Así, para llegar a Canaán, para ser un humano completo, hay que cumplir con los imperativos del mundo, mismos que podrían resumirse en ser esposo y padre, y desarrollar una actividad económicamente lucrativa.

Ésta es su tragedia. Ama la soledad, el desierto, la muerte y, contra todo su ser, pretende vivir, incorporarse al mundo. El mejor ejemplo lo constituyen sus tentativas de matrimonio. Casarse implica cumplir con las leyes de la vida, entrar en comunidad, comunicarse; pero, se “desesperaría en la felicidad de un matrimonio ideal” (*Diarios (1914-1923)*, p. 191): no puede renunciar a sí mismo.

Opta por la soledad y rompe con Felice Bauer. Se ama al grado de condenarse. Se entrega, pues, como Josef K. en complicidad con sus verdugos, a la muerte. Pero no quiere morir y nuevamente vuelve la vista a Canaán. Varía al fin el rumbo para luego retornar, destrozado, al camino conocido.

Tal es su constante y agotadora lucha, parecida “a los castigos escolares en los que el alumno tiene que escribir diez, cien o más veces [...] una frase carente de sentido [...]”; pero [que]



Dibujo de Kafka

¹ Versión del último capítulo de mi libro *Kafka y sus padres*. México: Universidad Autónoma Metropolitana (unidad Iztapalapa), 1991, 130 pp. (*Colección Correspondencia*).

en [su] caso se trata de un castigo en el que la orden es: «tantas veces como seas capaz de resistir» (*Diarios (1914-1923)*, p. 14).

La terrible tensión entre soledad y mundo lo deja, como al cazador Gracchus,² sin poder vivir ni morir. Intenta preferir la soledad, el camino al desierto. Por eso teme al amor de Milena:

Mi mundo se derrumba, mi mundo está reconstruyéndose [...]. El derrumbe no lo lamento, estaba en tren de derrumbarse, pero lo que lamento es la reconstrucción (*Cartas a Milena*, p. 71).



De alguna manera la infancia incide en el tiempo del Kafka adulto que, como se ha visto, transcurre en el conflicto no resuelto entre soledad y mundo. Y es que su niñez se marca por carencias afectivas, principalmente debidas a la prepotencia del padre y a la pasividad de la madre. Tal ambiente de frialdad provoca en el niño, según después lo expresará, sentimientos de desamparo e indefensión que intenta remediar cerrándose a lo que viene de fuera.

La ruptura con el exterior hace de Kafka un ser excluido, aparte de esos otros que conforman la realidad. La vivencia de la separatividad es terriblemente angustiante en cuanto que, como diría Ortega y Gasset, hay una afectación del hombre por su circunstancia. Por ello Kafka piensa, sobre todo durante su juventud, en la necesidad de relacionarse y superar el aislamiento:

[...] respetemos al topo y su manera de vivir, pero no hagamos de él nuestro santo (Cit. por M. Robert, *Kafka*, p. 24).

[...] la relación con los otros hombres es la relación de la plegaria, la relación consigo mismo es la relación del esfuerzo por superarse; de la plegaria se toma fuerza para este esfuerzo (W. Hoffmann, *Los aforismos de Kafka*, p. 164; aforismo 106).

No harás nada sin la compañía de los otros. La soledad es horrible (Cit. por M. Brod, *Kafka*, p. 72).

Sin embargo, no puede encontrar más que el fracaso.

La incapacidad para experimentar la comunicación en parte es debida a que abrirse a lo externo implica la revivificación de anteriores estados de ansiedad; lo remite al viejo sentimiento de desprotección:

Me hacía falta estar con personas extrañas, y sin embargo no me encontraba a gusto en su presencia (*Cartas a Felice*, t. II, p. 232).

[...] tan raras veces siento bienestar en compañía de otras personas (*Cartas a Felice*, t. II, p. 286).

² Personaje kafkiano.

Esa ansia de entrar en contacto con los hombres se transforma en angustia cuando es satisfecha (Cit. por K. Wagenbach, *La juventud de Franz Kafka*, p. 85; en carta a Brod).

Así, pues, por el temor que la comunicación misma provoca, Kafka se repite en una incomunicación que le ha servido desde su infancia como resguardo contra la angustia de encontrarse inerme frente a los otros.

Por otra parte, en la soledad el niño se revierte sobre sí mismo. Hay un afán por auto-observarse que lo torna egocéntrico. El girar sobre el propio yo le impide cualquier tentativa de una verdadera relación interpersonal. Él mismo se descubre:

[...] pese incluso al más justificado deseo de comunicación con los demás, me resulta imposible salir de mí mismo (*Cartas a Felice*, t. III, p. 560).

La necesidad de concentrarse en sí mismo, de autoanalizarse en la soledad con el propósito de librarse de su problemática, lo lleva a volcarse en la escritura, porque él «consiste» en literatura (véase *Cartas a Felice*, t. II, pp. 439 y 446 fundamentalmente). Entonces, el autoanálisis y la consecuente liberación estarán dados merced a la creación literaria,³ por lo que no debe extrañar que Kafka haya pensado titular su obra como “*Tentativa de evadirme de mi padre*” (M. Brod, *Kafka*, p. 34). Copio, a continuación, tres citas relativas a la doble función de la literatura:

Cada cual se saca a sí mismo a su manera del submundo en que yace, y mi manera consiste en escribir. Por eso, si he de mantenerme arriba, no me es posible hacerlo más que escribiendo (*Cartas a Felice*, t. III, p. 600; en carta a Grete Bloch).

La tensión entre la relación Yo-mundo subjetivo y el mundo exterior objetivo, [...] es el problema principal de todo arte (cit. por G. Janouch, *Conversaciones con Kafka*, p. 257).

[...] he tenido la noción de que mi vida reglamentada, vacía, alienada, propia de un soltero, tiene una justificación. Puedo entablar de nuevo un diálogo conmigo mismo [la literatura] y no estoy contemplando el vacío absoluto con los ojos fijos. Sólo por esta vía puede haber una mejora para mí (*Diarios (1914-1923)*, p. 76).⁴

La literatura —Kafka pretende convencerse— le permite vivir. Pero la escritura, que está relacionada con la soledad, cercena la posibilidad de ligarse a persona alguna. Si con la literatura respira, no puede menos que dedicarse a ella con exclusividad; de lo contrario —intenta

³ Como en páginas subsiguientes analizaré, no existió la posibilidad redentora de la literatura que Kafka quiso crear.

⁴ Este texto fue redactado durante un fértil periodo de creatividad literaria, poco después de la primera ruptura con Felice.

engañarse—, incurriría en su perdición. Clara prueba de la relación aislamiento-escritura lo es el hecho de que siempre se refirió a su vida de escritor como la causa que impedía la unión con una mujer. O más aún: cuando Felice «osa» decirle que le gustaría estar junto a él durante sus redacciones nocturnas, Kafka llega al extremo de afirmar que desearía habitar una cueva absolutamente solo para poder escribir (*Cartas a Felice*, t. II, p. 245).

La vocación literaria se constituye, así, en motivo para evitar una aproximación con las personas de las que sin embargo requiere. Y es esta conciencia de la necesidad de los otros, aunada al infeliz amor —pero amor al fin— a su soledad, lo que lo hace buscar un mecanismo que permita romper su aislamiento, al mismo tiempo que excluya la posibilidad de entrar en comunidad. Dicho mecanismo es el enlace epistolar.

La relación interpersonal que Kafka verifica mediante la correspondencia se parece a lo que sucede en su cuento *Preparativos de boda en el campo*: se envía un cuerpo vestido, un doble, pero nunca asiste el sujeto mismo.

Por realizar un simulacro de comunicación, dada la propia incapacidad para salir de la soledad, Kafka no puede obtener nada. Lo sabe:

La forma de rechazo con que siempre me he encontrado, no ha sido la que dice: “no te amo”, sino la que dice: “no puedes amarme por mucho que desees, porque amas de un modo desdichado el amor hacia mí; el amor hacia mí no te ama” (*Diarios (1914-1923)*, p. 218).



Kafka cree en el deber de incorporarse a un mundo al que rehúye, porque ama la soledad que le duele. Terrible conflicto.

Con el propósito de restablecer los desgarros de la infancia, Kafka buscó el aislamiento, y en éste se forjó un universo propio que se transformará, para el adulto, en su literatura. La soledad penetra en la intimidad. En ella vive, en ella escribe. Así, se convierte en su «voluntad», la desea. Por eso afirma que el mejor momento de su vida fue la temporada de soledad completa en Zürau, donde

[...] pensaste que habías terminado con todo, donde te limitaste únicamente a aquello que, dentro de ti, era incuestionable, donde eras libre [...], en el refugio de tu enfermedad, y cuando al mismo tiempo no tenías mucho que cambiar de ti mismo, sino tan sólo volver a trazar con más firmeza, el viejo, mezquino diseño de tu naturaleza (*Cartas a Milena*, p. 68).

Mezquino diseño de su naturaleza... La soledad lo excluye del mundo.

Kafka cree en el deber de cumplir con los requerimientos del orden social, por eso no abandona el odiado trabajo; pretende contraer matrimonio —el más importante de dichos requerimientos— a sabiendas de que no lo podrá realizar en cuanto que es lo que más se opone a

su «voluntad»: la «horrible» soledad que ama. Se instala, pues, en una “zona fronteriza entre soledad y compañía”, pero ésta es agotadora.

Intenta no dirigir más la mirada hacia el mundo, pero al darle la espalda, entre otras cosas siente transgredir el «programa» de infancia y, por ende, el hacer debido frente a sus padres:

[...] la concordia familiar sólo se ve perturbada por mí, y conforme pasan los años de modo cada vez más grave, con frecuencia no sé qué hacer ni qué pensar, sintiéndome profundamente culpable ante mis padres y ante todo el mundo (*Cartas a Felice*, t. I, p. 215).

[...] Lo cierto es que, desde siempre, a pesar de toda maldad, desconsideración, egoísmo, desamor, he temblado ante ellos [los padres] y sigo haciéndolo hoy, porque uno no puede dejar de hacerlo, y aunque ellos, mi padre por una parte y mi madre por la otra, han destruido casi sin remedio mi voluntad, a pesar de todo *quiero ser digno de ambos*. Ellos me han engañado, y sin embargo no puedo rebelarme contra la ley natural sin volverme loco (*Diarios (1914-1923)*, p. 16; énfasis mío).⁵

Viene a la mente *La metamorfosis*. Gregorio Samsa quiere ser digno ante sus progenitores: “¡Señor principal, tenga consideración con mis padres!” (p. 26). Pero ya no lo es, se ha convertido en insecto y, en esta condición, está impedido para cumplir con la normatividad del mundo. Finalmente se deja morir, y al hacerlo otorga absoluto respeto a sus padres.

Pero Gregorio se transforma en insecto por haber sido digno de sus padres, por no haber sido él, por su sumisión. Respetar la voluntad egoísta de los progenitores conlleva la conversión en un ente horripilante, ya que ha dejado de ser él mismo para ser lo que los otros desean.

Honar a los padres, esto es, respetar el programa de infancia, significa la destrucción de la individualidad en cuanto que su voluntad de adulto es la soledad para la literatura. El proceso mental es un expediente defensivo. Lo cierto es que Kafka ha conferido valor a dicho programa; tanto es así que, al mismo tiempo, piensa que su indudable inclinación hacia la soledad —el desierto— lo hará “sucumbir como un perro” (M. Brod, *Kafka*, p. 83).



Como ha quedado asentado, en virtud de que ha habido una integración previa a la familia y a la comunidad en general, Kafka valora la temida realidad exterior. De allí sus tentativas de matrimonio que concluyen en fracasos, porque retorna siempre a la soledad; a un desierto en el que, por serlo, no tiene que luchar más, en el que puede dedicarse a él mismo, esto es, a su literatura.

⁵ Texto muy semejante, casi igual, en *Cartas a Felice*, t. III, p. 748.

Pero la elección por la soledad es angustiante. Esta angustia tiene en su raíz un sentimiento básico de culpa: se pierde al mundo y se abandona el hacer correcto, ya que “no hay un haber, sólo un ser [...] que anhela asfixiarse” (Hoffmann, *Los aforismos de Kafka*, p. 155; aforismo 35). Ejemplo de la elección vivida como condenado se encuentra en una anotación en su diario. Rompe con Felice y dice a los padres de ésta (y a los suyos propios y a todo el mundo) un “discurso desde el cadalso” (“no tengáis de mí un mal recuerdo”: *Diarios (1914-1923)*, p. 65; énfasis mío).

Lo más dramático, ciertamente, es el reconocimiento de la invalidez de su elección. En la soledad no se vive, en ella se aprende a morir. Es por este lúcido reconocimiento por el que renace el deseo de rescatarse de la soledad que ama. Vuelve, entonces, la agotadora tensión por el mundo y después, nuevamente, como siempre la soledad.



Antes de la ruptura final con Felice Bauer, Kafka en algunas ocasiones había tratado de defenderse de la deficitaria comunicación recibida en la infancia. Pero, después, se afina de manera casi definitiva en la soledad.

Para 1922, la elegida soledad lo ha llevado a la completa desesperación. De este año, en el que las anotaciones del diario son de una sinceridad desgarradora, selecciono una cita que muestra lo que ha sido el transcurrir de su existencia y a lo que se ha llegado; asimismo, hay en el texto el análisis del porqué de su problemática:

Un poco inconsciente, cansado de deslizarme cuesta abajo; aún quedan armas aplicadas muy raras veces. Me acerco tan pesadamente a ellas, porque no conozco el placer de usarlas; no lo aprendí de niño. No sólo no lo aprendí “por culpa de mi padre”, sino también porque quería destruir la “calma”, alterar el equilibrio, y por ello no podía permitir que naciera una persona nueva en otra parte [...]. En realidad también tengo “culpa” en este aspecto [...].

[...] ahora soy ciudadano de este otro mundo que se comporta, con respecto al mundo habitual, como el desierto con respecto a la tierra cultivada (llevo cuarenta años emigrando de la tierra de Canaán), miro hacia atrás como un extranjero; es cierto que pertenezco también a ese otro mundo —lo he traído conmigo como herencia paterna; soy el más insignificante y el más temeroso de sus habitantes [...].

[...] las esperanzas infantiles (especialmente respecto a las mujeres): “Puede que me quede en Canaán”, y entre tanto, llevo ya muchísimo tiempo en el desierto y sólo existen visiones de desesperación [...], y Canaán debe representarse como la única tierra prometida, porque no hay otra para el hombre (*Diarios (1914-1923)*, p. 210).

En el apunte anterior aparece la clara percepción de que el mensaje familiar (para Kafka, fundamentalmente paterno) ha actuado sobre él. Así, desde la preferida terrible soledad, él ve un mundo en el que no ha podido transitar sino dando tumbos (por el padre y por él mismo). Sea suficiente un breve repaso de la niñez de Franz Kafka:

Durante su infancia hubo un resquebrajamiento de la confianza básica. El “esclavo” (*Carta al padre*, p. 27) no pudo menos que tener miedo a las relaciones con las figuras parentales y a su medio en general. Por este motivo, principalmente, se encierra en un mundo propio. La urdimbre, pues, lo “empuja” (*Diarios (1914-1923)*, pp. 209 y 200) a la soledad.

Solo y situado en el estrato más bajo de la escala jerárquica, no aprende a utilizar las “armas” para incorporarse a la temida realidad exterior y para defenderse de él mismo, de su propia necesidad de soledad.

La soledad le ofrece un seguro mundo privado, pero el enclaustramiento lo aleja de los otros y del hacer debido. Entonces desea al mundo, mas sin quererlo en virtud del temor y la extrañeza frente al ambiente externo que la misma soledad ha incrementado, y por la mencionada necesidad de ella. Así, surge la angustiada tensión entre soledad y mundo que el adulto no resuelve. Al no hallar resolución, Kafka se autoflagela y se autocompadece, como si ésta fuese la condición de su existencia.⁶

Por otro lado, cabe subrayar la última parte de la cita. Kafka se descubre desesperado y da la victoria a ese mundo en el cual no ha podido permanecer. La conciencia de sí es implacable: la soledad por la que optó no lo condujo a otro sitio que no fuera a un peregrinar en el desierto.

Su vida en general, escribe en ese mismo año, no ha sido más que una sucesión de fracasos. De éstos hace inventario: “piano, violín, idiomas, germanística, antisionismo, sionismo, horticultura, carpintería, literatura, intentos de matrimonio, casa propia” (*Diarios (1914-1923)*, p. 206).

En efecto, dentro de este inventario se encuentra la literatura que, quiso creer, lo habría de redimir. Pero Kafka siempre supo que el “escribir significa abrirse desmesuradamente, la más extrema franqueza y la más extrema entrega” (*Cartas a Felice*, t. II, p. 245). Entonces, si la literatura no se concibe sin la introducción de la propia problemática, ella implica un descenso al infierno (véase *Escritos sobre sus escritos*, p. 175). Por lo tanto, no puede salvar a nadie y se convierte en “[...] un mal mediante el cual se libera para llegar a otro nuevo” (cit. por Janouch, *Conversaciones con Kafka*, p. 38) o bien en el “salario por servicios diabólicos” (*Escritos sobre sus escritos*, p. 175).

Hay que recordar, también de 1922, otro relato de Kafka: *Un artista del hambre*. Se hace pasar por arte lo que no es más que un problema del protagonista: repulsión hacia los alimentos. Sin embargo, son alimentos... (“Canaán debe representarse como la única tierra prometida, porque no hay otra para el hombre”).

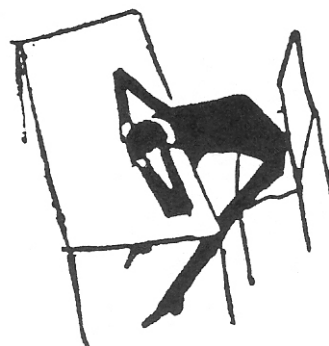


⁶ En sus diarios y cartas no aparecen anotaciones que revelen realmente felicidad por alguna causa determinada.

Como se ha visto, 1922 es un año de importancia cardinal. En los apuntes del diario ya no hay más tretas justificadoras con las que a veces pretendió engañarse. La misma literatura es sólo otro elemento del balance negativo, de ese caminar sin avance (véase *Diarios (1914-1923)*, p. 206) que ha sido su vida.

Kafka, pues, llega a la conclusión de que nunca tuvo “ni la más mínima orientación para abrir[se] paso en la vida (*Diarios (1914-1923)*, p. 206) y, por lo tanto, su existencia fue sólo una marcha inmóvil.

La conclusión refleja un fracaso en la realización del yo, y esto tiene entre sus principales condicionantes el hecho de que la formación de su personalidad careció de certero apoyo afectivo en una atmósfera de seguridad. Su vida fue un caminar sin progreso, en buena medida porque los desgarramientos de la infancia lo marcan. Por consiguiente, no tuvo lugar el porvenir. El futuro —Kafka siempre lo supo merced a su incuestionable facultad de análisis—, fue experimentado en los sollozos de la niñez y siempre fue pasado.



Dibujo de Kafka



BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Brod, Max, *Kafka*. 2ª. ed. Trad. de Carlos F. Griben. Buenos Aires: EMECÉ, 1959, 267 pp.
- Hoffmann, Werner, *Los aforismos de Kafka*. Trad. de Óscar Caeiro. México: Fondo de Cultura Económica, 1979, 167 pp. (*Breviarios*, 276).
- Janouch, Gustav, *Conversaciones con Kafka*. Trad. de Bárbara Wickers de Sánchez-Rodrigo. Barcelona: Fontanella, 1969, 273 pp. (*Pensamiento*, 27).
- Kafka, Franz, *Carta al padre*. 3ª. ed. Trad. de D. J. Vogelmann. México: Premia, 1978, 88 pp. (*La nave de los locos*, 2).
- , *Cartas a Milena*. Trad. a partir de la ed. inglesa de Ernesto Schóo. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1976, 261 pp.

- , *Cartas a Felice y otra correspondencia de la época del noviazgo*. 2ª. ed. Comp. y ed. de Erich Heller y Jürgen Born. Trad. de Pablo Sorozábal Serrano. Madrid: Alianza, 1978, 3 ts., 792 pp. (*Alianza tres*, 31, 33 y 36).
- , *El castillo. La muralla china* [y otros textos]. Trad. de D. J. Vogelmann, Alfredo Pippig y Alejandro Guiñazu. México, Promexa 1979, 648 pp. (*Las grandes obras del siglo veinte*)
- , *Diarios (1914-1923)*. Ed. a cargo de Max Brod. Trad. de Feliu Formosa. Barcelona: Lumen, 1975, 338 pp.
- , *Escritos sobre sus escritos*. Comp. de Erich Heller y Joachim Beug. Barcelona: Anagrama, 1974, 208 pp.
- , *La metamorfosis*. 5ª. ed. Madrid: Alianza, 1969, 144 pp. (*El libro de bolsillo*, 4).
- , *El proceso*. Trad. de Andre Pagni. Buenos Aires: Goncourt, 1978, 232 pp.
- Robert, Marthe, *Kafka*. Buenos Aires: Paidós, 1969, 191 pp. (*Letras mayúsculas*, 15).
- Wagenbach, Klaus, *La juventud de Franz Kafka*. Trad. de Roberto J. Vernengo. Caracas: Monte Ávila, 1969, 367 pp.
- Walde Moheno, Lillian von der, *Kafka y sus padres*. México: Universidad Autónoma Metropolitana (unidad Iztapalapa), 1991, 130 pp. (*Colección Correspondencia*).